



Agosto 2026 | #293

Columna Invitada

Energía: La Fiesta Interminable***

ROBERTO FERNÁNDEZ

Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires e Instituto de Investigaciones Fisiológicas y Ecológicas Vinculadas a la Agricultura (IFEVA) - Conicet. fernandez@agro.uba.ar

La leña organizó la fiesta. Fue hace mucho. Había unas pocas sillas, algunas herramientas, y aldeas enteras iluminadas por el resplandor de su trabajo.

Entonces llegó el carbón. Y todos pensaron que la anfitriona se retiraría. Pero la leña acercó una silla, sirvió otra copa y le hizo un lugar.

Más tarde apareció el petróleo. Entró como entran los invitados convencidos de ser la atracción principal. Trajo automóviles, aviones, plásticos, rascacielos. La orquesta cambió de ritmo, y los cronistas anunciaron el comienzo de una nueva era.

La leña y el carbón escucharon cortésmente y siguieron bailando.

Después vino el gas. Luego las represas. Luego el átomo, el viento, las mareas y el sol.

Cada recién llegado tuvo el mismo recibimiento: ¡el futuro ha llegado!

Con cada aparición los expertos dibujaron diagramas elegantes que mostraban a un combustible reemplazando a otro. Pero en el salón pasaba algo muy distinto: nadie se iba.

La fiesta seguía creciendo. Había cada vez más invitados, más mesas, más platos, más ciudades, más fábricas, más carreteras, más pantallas.

La solución a la falta de espacio consistía siempre en construir otro salón.

Por eso sucede algo extraño: nunca antes se quemó tanto carbón. Nunca antes se consumió tanto petróleo. Nunca antes circuló tanto gas. Y tampoco nunca antes ardió tanta madera: la anciana anfitriona sigue recorriendo las mesas y hoy se entrega tres veces más que hace un siglo. Produce más energía que la suma del agua, el viento y el sol.

Y no trabaja únicamente en las cocinas de los pobres. A Estados Unidos le hace el doble de favores que en 1960, y a Europa el triple que a comienzos del siglo XX.

Mientras tanto, el carbón disfruta de una reputación curiosa. Todos lo imaginan vestido de época, con sombrero de copa, en medio de fábricas, locomotoras y niebla londinense. Pero él sonríe porque sabe algo que la mayoría olvida: su verdadera fiesta ocurrió un siglo después y del otro lado del mundo.

Y cuando internet comenzó a cubrir el planeta con cables, antenas y centros de datos, él seguía llegando con cajas de champagne, para celebrar la ironía de que siendo el combustible fósil más antiguo del salón se convirtió en patrocinador de muchas tecnologías más nuevas.

Avanzada la noche, algunos países desarrollados levantan sus copas. Brindan por la energía limpia. Y las estadísticas, arrojadas en su sobria opulencia, aplauden.

Pero los barcos siguen entrando y saliendo descaradamente del puerto. Traen acero. Traen cemento. Traen computadoras. Traen miles de otros objetos que no necesitamos, fabricados en otros salones donde el carbón continúa alimentando la música.

Entonces la fiesta parece más limpia de lo que realmente es. Como una cena elegante en la que las botellas vacías, las copas rotas y los manteles y platos sucios fuesen arrumbados en la casa del vecino.

Por eso el automóvil eléctrico ha adquirido celebridad. Desfila entre las mesas como una promesa del mañana. Sin embargo, el carbón lo mira con afecto porque sabe, y el petróleo también. Ambos reconocen sus propias huellas porque son viejos conocidos. Porque la electricidad que lo mueve suele provenir de ellos. Porque el acero de su carrocería les debe favores. Porque el asfalto y el cemento de las rutas y autopistas fueron horneados con ayuda de ellos.

Y así, cuando amanece y los sonidos de las risas y la música se apagan, aparece la conclusión. Que no es para nada la que esperábamos.

Durante años creímos que el problema consistía en encontrar al próximo invitado. Al combustible correcto. Al héroe tecnológico. Pero la fiesta nunca dependió de quién entraba. Dependió de que nadie se fuera.

Porque los invitados no sólo permanecen sino que se ayudan entre sí. El carbón necesitó miles y miles de postes y vigas para sostener los techos de sus galerías subterráneas. La leña, a su vez, comenzó a depender del carbón para forjar el acero de las máquinas gigantes que aprendieron a cosechar bosques. Y más tarde el petróleo y la electricidad se sumaron a esos favores cruzados. Porque en esta fiesta las energías no se reemplazan. Ni siquiera se suman. Se potencian unas a otras, como socios discretos que comparten platos y copas sin llamar la atención.

Y mientras sigamos imaginando reemplazos donde existen alianzas seguiremos esperando una transición que no termina de llegar. Porque es difícil abandonar los combustibles fósiles cuando cada nueva energía aprende a crecer simbióticamente, apoyándose en las anteriores.

Tal vez por eso la transición más difícil no sea energética.

Tal vez no consista en cambiar la música. Ni el menú. Ni siquiera los invitados.

Tal vez consista en preguntarnos por qué seguimos sumando salones y ampliando la fiesta.

*** *Inspirado en el libro de Jean-Baptiste Fressoz "More and More and More: An All-Consuming History of Energy", Penguin, Random House (2025), usando apuntes de lectura de RJF con asistencia de ChatGPT (sin suministrarle el nombre del libro, de su autor, ni ninguna parte de su texto).*